

# LO IMPUBLICABLE DEL CURA Y LOS MANDARINES

Las 11 páginas sobre los manejos del ex director de la RAE que han abortado la salida de un libro "incendiario" sobre cómo se dio sillones a escritores del 'club de los mandarines'

POR GONZALO UGIDOS

llones de euros al año. A esa cifra contribuye la venta de los diccionarios de la Real Academia Española. En su reseña editorial, Crítica (del grupo Planeta) ya anunciaba un terremoto: «La obra va a escandalizar por la dureza de sus juicios y va a provocar muchos debates y algunas indignaciones». A pesar de ese argumento de venta, ha quedado en dique seco por la larga mano de un solo hombre: Víctor García de la Concha, director del Instituto Cervantes, anterior director de la RAE y, por lo visto, más poderoso que el propio Suárez de 1979, que no pudo impedir que Planeta parara la publicación del sórdido relato sobre su irresistible ascensión.

Tras una década de investigaciones detectivescas, Moran entregó el original en noviembre de 2013, los editores tenían programada su publicación para abril de 2014; pero, alegando el temor a que los crujiaran a demandas, postponieron la salida hasta el 1 de

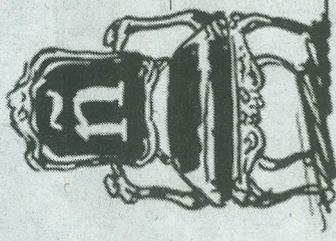
en Julien Sorel, el seminarista mdrador de *Rojo y negro*. «Cuando yo llevaba pantalón corto —recuerda Moran— García de la Concha era ya un *factotum* [persona entremetida, que oficiosamente se presta a todo género de servicios], según el DRAE] de la catedral de Oviedo y representante del Frente de Juventudes, antes había sido un niño pobre que estudió en el seminario de Valdedios, junto a Villaviciosa, que en la guerra fue un campo de concentración en donde el ejército franquista cometió crímenes atroces. Aquel cura, ejerciendo de confesor, descubre el eterno femenino y se casa con un personaje rico, es una «historia sórdida». Había sido un pésimo estudiante pero un gran trepa, un virtuoso del arte de hacer amigos y conseguir que te deban algo y cómo cobrarlo. Era un experto en el trueque y otras turbiedades».

El látego de Moran no sólo fustiga sus «vicios privados» sino también sus virtudes públicas, «inte-

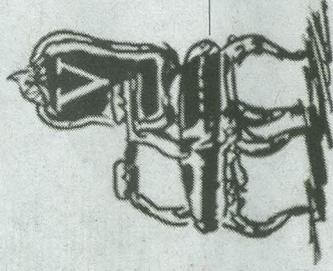
se habían vuelto conservadores. Se dieron de baja de la revolución».

Jesús Aguirre fue el ombligo de aquel magma de intelectuales lo-greros, él es el cura del título en torno al cual orbitan los *mandarines*. «Está siempre allí donde se escribe la Historia de España —dice Moran—, en el Contubernio de Múnich, asesorando al ministro Pío Cabanillas, introduciendo en los cenáculos intelectuales al príncipe Juan Carlos, dirigiendo Taurus y siendo accionista fundacional de *El País*, él fue quien presentó en sociedad a Felipe González».

Moran sitúa al futuro duque de Alba en la yema de un retablo en el que pululan relumbroses como Benet, Pradera, Gil de Biedma, Castellet o Cela, santones a los que apea de la peana a fuerza de datos contundentes y anécdotas hilarantes como ésta: «Cuando llegó a La Moncloa, Feli-



La letra ñ corresponde a Luis María Anson



La letra V corresponde a Juan Luis Cebrián

octubre. «A finales de septiembre —dice Morán— tras una reunión catártica, me dijeron que tenía que cargarme el penúltimo capítulo, son sólo 11 páginas en las que hablo de algunas peculiaridades de la Real Academia Española».

Se refiere, por ejemplo, a las circunstancias que convirtieron en inmortales a Anson, Cebrián, Muñoz Molina o Castilla del Pino [se negó, por contra, el pan y la sal, y el sillón, al gran Francisco Umbral]. Morán, un tipo insobornable como saben los lectores de su columna *Sabatinas interpestivas*, que publica en *La Vanguardia*, se cerró en banda, alegó que ese capítulo era la «viga» central de la obra porque desvela el sistema de recompensas institucionales de toda una época. Fue el duelo entre una fuerza irresistible —la editorial— y un objeto inamovible —el autor—. Ganó la censura.

Morán se malicia dos cosas: la primera es que uno de esos inmortales va a ser el próximo ganador del Planeta; la segunda tiene que ver con el director de la Real Academia desde 1998 hasta 2010. Una premisa fundamental del libro es que el impacto social de los intelectuales no tuvo relación directa con la calidad de la obra (por lo general mediocre) que produjeron entre 1962 y 1996 los *mandarines* —escritores, profesores, pintores o músicos—, figuras de segundo orden que adquirieron notoriedad por su capacidad de medro y manipulación. Para Morán el emblema de esa pena es Víctor García de la Concha.

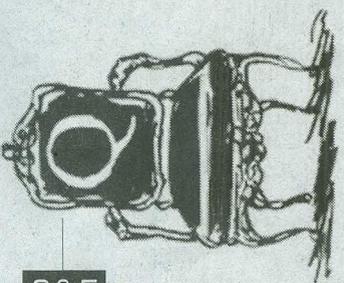
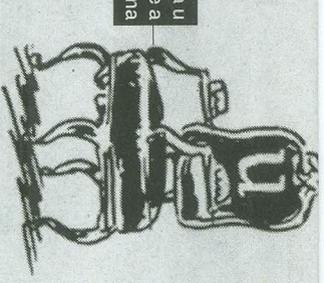
En poco más de dos folios, descubre la cara oculta de quien llama «personaje de Stendhal» pensando

lectualmente su única aportación a la filología es un trabajillo simplón y deleznable sobre Santa Teresa en el que sostiene que sin la inspiración del Espíritu Santo Teresa de Ávila no sería nadie. En Salamanca ca conoce al gran preboste de la industria textil, —no de tejidos, sino de libros de texto— Lázaro Carreter, de su mano salta a Madrid, asalta la Academia y es nombrado secretario. Pronto tiene un inmenso poder, el de hacer millonario a cualquier editor porque decide quién publica el *Diccionario de la Academia*.

Amasa una gran fortuna, dirige la Academia durante tres mandatos, lo cual le fue concedido a título extraordinario, cuando lo ordinario son dos, y hasta el rey lo nombró caballero de la Orden del Toisón de Oro. «mo es moco de pavo —concluye Morán—, a este hombre solo se le puede comparar con las dobleces de ese Ferrnández Villa del SOMA-UGT».

Sostiene Morán que García de la Concha y una legión de «mandarines» forman un retablo poco presentable de la *intelligentsia* española desde los 60 hasta la caída del feipismo, «entraron donde entraron solo por dinero y cuando se llenaron los bolsillos se olvidaron de la revolución. En los 60, iban de intelectuales revolucionarios que firmaron una declaración a favor de la lucha armada y se iban a hacer manibras a la sierra de Guadarrama, para ellos los del PCE éramos *revisionistas* y los del PSOE *socialtraidores*. Todos aquellos *incendios* fueron víctimas de un cambio de paradigma y en los 70

La tierra u  
corresponde a  
Muñoz Molina



pe González se puso a comprar intelectuales, los compró prácticamente a todos con iniciativas tan chuscas como una exposición de abanicos en la que pagó 50.000 del ala por cada texto de tres líneas que acompañaba a cada abanico».

Cuenta Morán que cuando Cella se lió con Marina Castaño la pareja quería construirse una casa de unos cuantos millones, así que el escritor le propuso a su agente, Carmen Balcells, que buscara el patrocinio de Jesús Gil, a quien por 100 millones de pesetas le escribiría un libro titulado *Marbella Paraiso*. A Gil le pareció una sobreinversión y dijo que no. Cella había tenido más suerte con el dictador venezolano Pérez Jiménez, a quien «con una novela que era una mierda

La letra Q  
corresponde a  
Castilla del Pino

—*La Catira*— le sacó el dinero para construirse su casa de Mallocca». También revela la mercadotecnia que llevó al gallego a Estocolmo: «Fundó con un grupo de judíos la Asociación Hispano-Israelí cuando España no tenía relaciones diplomáticas con Israel, recorrió los centros judíos del mundo y se cosmetizó en figura internacional. Sin sionismo no habría habido Nobel. Un genio».

En la dedicatoria de su biografía *Suárez. Ambición y destino* escribió Morán: «A mi generación, que empezó luchando contra la mentira que fue el franquismo y acabó aceptando todas las demás». Cailga quien caiga, este tumbador de imposturas sigue fustigando a las estatuas. De momento han tumbado su libro, «el más brutal de todos los que he escrito».